

Sr. D. Enrique C. Creel.

PRELIMINAR



ON qué grato perfume de botones de rosa me recreo al recuerdo de mis primeros años escolares! Recién llegado á Chihuahua, procedente de Álamos, adonde en la escuela conocí á Ramón Corral (Vicepresidente de la República en la actualidad), uno de los primeros con quienes hice conocimiento, fué con Enrique Creel, hoy Gobernador del Estado de Chihuahua. Iba yo escalando los primeros peldaños de la vida, con el alma abierta á todas las hondas impresiones que los seres y las cosas producen en la blanda cera de las almas nuevas. Entre mis infantiles compañeros de Sonora, habíase fijado mi atención en Corral. Fuerte, ágil, de desembarazados

movimientos, jovial, inteligente y fino; de semblante amable, pero enérgico, sobre cuya nariz aquilina irradiaba franca mirada luminosa, bajo amplia frente al-tiva, no lo olvidé nunca en mis años posteriores; y hoy, al ocuparme de Creel, no sé por qué (ó lo sé demasiado) asocio á estos dos hombres en mis recuerdos. Á Creel, como á Corral, los conocí pobres; ambos son hijos, intelectuales y morales, de sí mismos, y la altura á que han llegado, la obtuvieron debido á sus propios esfuerzos, impulsados por su muy personal voluntad, pues es en ellos, como acrisolado di-ante, el carácter, ese resorte rarísimo en nuestro medio y raza, que, más positivamente que la fe, es capaz de mover las montañas y apaciguar los mares.

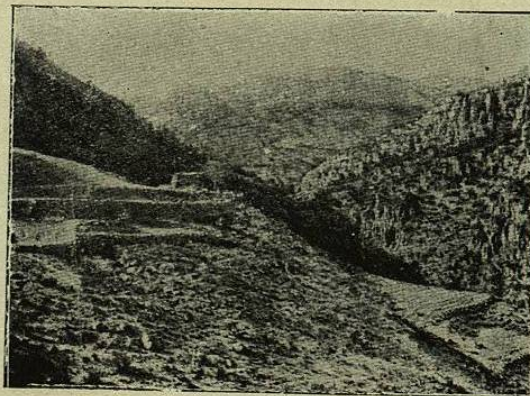
Residía mi familia en una de las hondonadas más profundas de las vertientes del Pacífico, entre las monstruosas estribaciones de la gran *Sierra Madre*;



Barranca de la Sierra Madre de Chihuahua.

x

y al abandonar mi hogar, casi á la puerta, comencé á trepar, caballero en manso mulo, la brava senda en espiral hacia las cumbres altas de diez á once mil pies sobre el nivel del mar. En mi pueblo, en el fondo de la enorme barranca, nos agobiaba un clima tropical. Conforme iba ascendiendo, la brisa, más y más fresca, hería mi faz agradablemente al principio, después tornándose helada y tan desagradable, que me provocaba lágrimas; no precisamente por su crudeza, sino por el triste rumor que producía en la extraña flora que me iba envolviendo (encinos, pinos, madroños), y que al mover las frondas crujientes parecía prolongar el adiós recién dado á mis padres, cuyos brazos se me tendieron al partir, cual aquellos árboles seculares tendían los suyos en el espacio como buscando algo amado que se escapaba en el ambiente.



Rancho Tarahumar.

xi

¿Dónde mis verdes naranjos de doradas pomos, mis esbeltos plátanos doblegados por sus racimados frutos, mis vocingleros cañaverales acendrados de miel? Lejos, ya muy lejos; abajo, allá muy abajo. Desde un abrupto estribo pude mirar la gran mancha de esmeralda de mi estrecho valle, surcada por débil cinta argentada: el río torrentoso. La ascensión continuaba, continuaba siempre; y al fin, mi paraíso había desaparecido, y hollaban mis plantas la cumbre helada y solemne; y mi primera noche en la tierra fría dejó huellas imperecederas en mi memoria con aquel decir de los pinos movidos rumorosamente por los vientos acelerados á las veces, hasta doblegarlos con las rachas ateridas que acabaron por desatarse bajo la nubazón, deshecha á las primeras horas de la mañana en blancas motas de nieve á mis ojos estupefactos. ¡Nieve! La veía por vez primera y caía, caía sin cesar, hasta cubrir el suelo por completo y quedarse, congelándose aún más, sobre y pendiente de las ramas en carámbanos tremulantes. El frío helaba mis huesos; pero la vista de aquel inmenso manto de nieve me helaba el corazón entristecido por la ausencia de los seres para mí más queridos. ¿Volvería á verlos? El niño lo dudaba absorto en el umbral de un mundo desconocido (¡ay! á mi buen padre, no, no le volví á ver). Tenía frío, mucho frío, en medio de la inmensa nevada; y miedo, mucho miedo, ante la naturaleza y la vida, que se ofrecían blancas como las azucenas, pero implacablemente frías. Alla-

nadas las cimas, por anchas mesetas frondosas y frecuentadas por venados, osos y pavos silvestres, bajo la gárrula alharaca de las cotorras retrasadas, que en bandadas huían á las barrancas, esquivando la nieve; y luego, por llanos que entonces me parecieron interminables (los de Ojos Azules), al fin de ocho días de un viaje incómodo, pero pintoresco, llegamos á Chihuahua, en una hermosa mañana llena de sol. Á distancia pude vislumbrar las bellas torres de la catedral, edificio de Tres Guerras; y ante la serena y graciosa armonía de aquella arquitectura no presentida, me sacudió la primera sensación de arte.

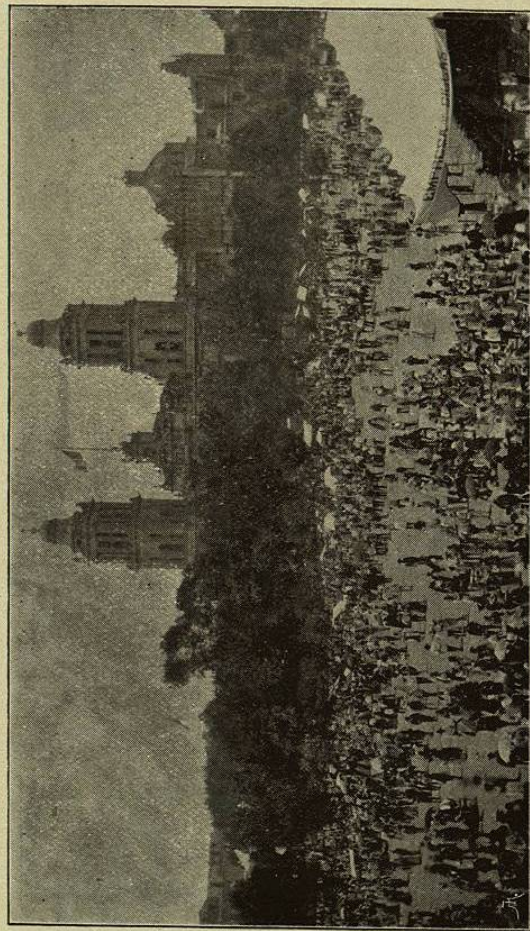


Pilar de arenisca
en la Sierra Madre.

Cursaba, breve tiempo después, aritmética y álgebra en el Instituto Literario del Estado; y vaya que apresuraba el paso hasta la carrera, cuando por las tardes salía del colegio para ir á buscar á Creel, que era ya mi amigo, al pequeño establecimiento comercial de su padre, adonde, aunque chicuelo, desempeñaba el cargo de primer dependiente, debiera decir, único. Iba yo con el magín repleto de problemas aprendidos en la cátedra; y... vería Enrique, que presumía conmigo de hábil en *cuentas*; no resolvería una siquiera, me pensaba, con esa



Catedral de Chihuahua.



Catedral de México.

inconsciente discolería de la infancia, y ya casi de noche, cariacontecido, tomaba rumbo á casa: las había resuelto todas, y todavía más, me había propuesto otras nuevas para que le llevara las soluciones al día siguiente. ¡Y él no iba á la Escuela!

¿No era bastante, ó demasiado eso, para herir mi tierna imaginación? Allí comencé á conocer á Creel y á admirarlo. No era como Corral, resuelto, expedito, franco y viril. Era dulce, plácido; pero reflexivo, reservado y con ciertos amaneramientos de cura ó de mujer. Corral era todo, digámoslo así, salón de recibo y despacho; en Creel había más recámara que salón; pero había, también, un carácter. Era el *pendant* de mi otro hombre en ciernes. Y así hoy surgen en mis recuerdos estos dos muchachos en una asociación tan justa como sencilla.



Campamento en la Sierra.

No tuvimos Creel y yo, en esa época, compañerismos de jóvenes que comienzan á ser hombres, no, no era tiempo aún; de modo que este recuerdo florece entre todos los míos, como el más puro y blanco, con la blancura del primer copo de nieve que vieron mis ojos.

Un día tuve que marchar á México. No fué mi impresión tan honda como al partir de mi pueblo. Yo me consideraba ya casi un hombre, iba siendo un adolescente, y conocía la iglesia de Tres Guerras, al Gobernador Terrazas, y, sobre todo, había, de cerca, el año de 72, y abriendo los ojos como si pensara no volver á cerrarlos, visto al Señor General Don Porfirio Díaz —Porfirio Díaz decía toda la república, se le hablaba de *tú*, como á los dioses, en una explosión de popularidad que nunca ha alcanzado hombre alguno en México, sin excluir á Morelos;— y yo, yo sabía mucho del héroe, del caudillo, era ya un gran lector, y el 5 de Mayo, Miahuatlán, la Carbonera, el 2 de Abril y San Lorenzo y la toma de México y todos mis *cunables* recuerdos de la Intervención Francesa, me exaltaban hasta el éxtasis ante el hombre legendario. México me asombró: ¡qué movimiento! No conocí New York hasta muchos años después. Sin embargo, largos meses discutí el valor artístico de Catedral, ante mi iglesia de Chihuahua; ¡oh Catedral! perdóname, ¡cuánto te he admirado después!

Con mis certificados de provincia pude ser inscrito en la Escuela Preparatoria de México. ¡La Es-



Tarahumares corriendo con antorchas.

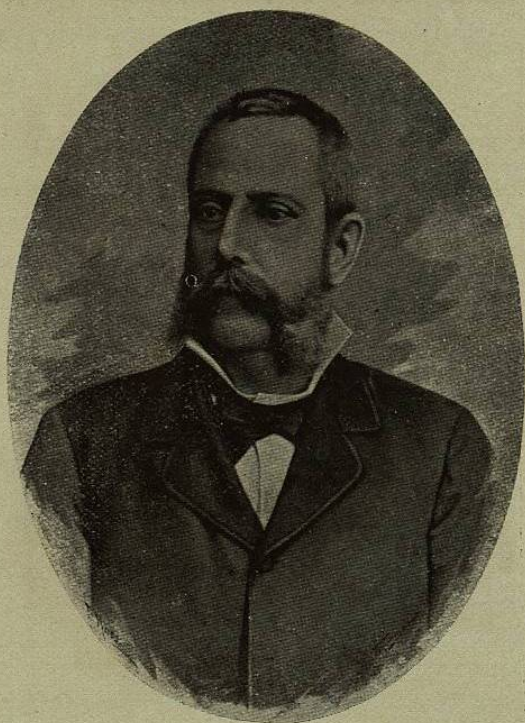
cuela Nacional Preparatoria! El antiguo y majestuoso, aunque claustal, edificio de los Jesuitas, daba albergue á nuevos métodos sin cesar vilipendiados en los periódicos clericales de la época. La dirigía el Dr. Don Gabino Barreda. ¿Quién, entre las nuevas generaciones liberales de México, no venera este nombre? Él había roto con el *Humanismo*, que nada tenía de eso; y había, abriendo generosos manantiales de enseñanza moderna, substituído el estudio del latín con el de la matemática; con el de las ciencias físicas, las disquisiciones estériles de la vieja cátedra; y, sobre la química, la zoología, la botánica, erguido el estudio de la lógica positiva como un coronamiento definitivo de la gran obra. Y esto, sin olvidar la lengua cuya clase desempeñaba el eximio Don Rafael Angel de la Peña, y la literatura cuya enseñanza recibían los preparatorianos de labios del gran Maestro Ramirez, el Nigromante. Los idiomas extranjeros tenían

sus asignaciones respectivas y se daba una especial Academia de matemáticas, que desempeñaba el eminente astrónomo Don Francisco Díaz Covarrubias, autor del texto de «Cálculo Infinitesimal,» estudiado en la Escuela. Muchas futuras eminencias, salidas después de Medicina, Jurisprudencia, Ingenieros, etc., etc., conoci allí en la intimidad; pero tenían escuela, maestros, todo lo que podía exigirse para el cultivo intelectual y moral: ¡Pero Corral y Creel! Sólo un hombre fijó mi atención y me atrajo para siempre, como un planeta á un satélite: el profesor de Historia General, D. Justo Sierra, sucesor en la cátedra de D. Ignacio M. Altamirano. Porque ¡oh maestro! sólo tu bóveda craneana, donde apenas pudo anidar tu pensamiento, puede formar bóveda celeste al mundo de tu corazón!

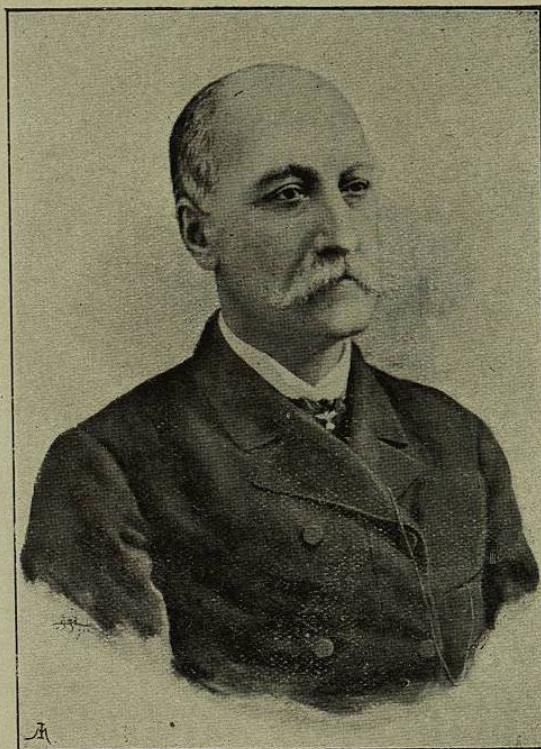


Paraje en la Sierra.

Transcurridos algunos años, llegó Creel á la Capital. Éramos casi hombres. Él no venía de paseo. Creel se pasea después. Llegaba, lleno de espe-



Sr. Dr. D. Gabino Barreda.



Sr. D. Francisco Díaz Covarrubias.